

R 7297

P 8

R 6

BIBLIOTECA
DE
COLEGIO CIVIL
DE NUEVO LEON

Esta obra es propiedad del autor, y nadie puede reimprimirla sin su permiso.



ALFONSO REYES

025518

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES

PRÓLOGO.

I •

El viejo cantor de las glorias y de las esperanzas de México, el más popular y fecundo de nuestros poetas, Guillermo Prieto, ha coronado su vida literaria, reuniendo en una colección de romances, todos los recuerdos históricos y tradicionales de la Independencia Nacional.

Es decir, ha llenado un vacío que existía en la poesía patria, en nuestra historia y en nuestros sentimientos, y ha creado la Epopeya Nacional en una de sus varias formas.

Cuando uno se pone á pensar que en las numerosas manifestaciones que en el dominio de la Poesía ha hecho el talento mexicano desde el año de 21, en que se consumó la Independencia, hasta nuestro tiempo, apenas hay una que otra que merezcan verdaderamente el nombre de heróicas; cuando en los centenares de volúmenes de versos que se han dado á luz en diversas épocas y por espacio de sesenta y tres años, y en un país en que se ha cultivado la Poesía, de preferencia á todas las ramas de la literatura, no se encuentran más que alguna oda patriótica, pálida y quejumbrosa, ó un soneto seco y desabrido, ó alguna leyendita con el sabor de cuento de amores, sin brío, sin

R. N.-2*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES

entusiasmo, sin color local, pero ni siquiera el bosquejo de un poema, ni la descripción de una batalla, ni el retrato de un héroe; francamente, se sorprende uno, y le vienen tentaciones de decir, imitando á Mr. de Malezieu cuando Voltaire le consultaba acerca de la *Henriada*:—"Los mexicanos no tienen la cabeza épica."

Efectivamente, es preciso convenir en que sumando el número de libros que se han publicado en México, como producto original de la nación independiente, se encuentra: que la cantidad mayor pertenece á los del género religioso; luego sigue la de los libros de Derecho y Legislación; despues la de los libros de versos, y al último vienen en fracciones mínimas los de ciencias; quiere decir, que primero somos devotos, luego legistas, luego poetas, y en último caso científicos y lo demas.

Pero en el terreno de las Bellas Letras, hemos cultivado de preferencia y con un afán de que hay poco ejemplo, la poesía, haciendo caso apénas de la historia, de la biografía, de las costumbres, de la novela, y de otras manifestaciones literarias no ménos interesantes.

Y en la Poesía hemos todavía dado preferencia al amor, á la religion, á los placeres, á la amistad, á la lisonja, á la sátira, al epigrama, á los sucesos históricos de otros pueblos, á todo, pero no nos ha ocurrido celebrar lo que tenemos de más grande y de más digno del canto, á saber: el heroísmo de los padres de la Patria.

¿Por qué ese silencio? ¿por qué esa esquivéz de las musas mexicanas?

¿Acaso realmente los mexicanos *no tengan la cabeza épica*? Tal puede creerse á juzgar por lo visto.

Algunos creen, sin embargo, poder explicar este fenómeno literario, diciendo que nuestra literatura hasta hoy, es embrionaria; que apénas comienza, que no asume todavía un carácter nacional, una fisonomía determinada, y que la poesía épica precisamente debe reflejar el carácter de un pueblo. Nosotros pensamos que en parte esto último es exacto, pero que no lo es como principio absoluto. La epopeya cuando se forma colectiva y

lentamente, cuando es anónima y espontánea, debe, en efecto, reflejar como toda obra democrática, el carácter de un pueblo ó el color dominante de una época, si vale expresarnos así. Pero cuando es obra del sentimiento individual, cuando se encierra, por ejemplo, en uno ó varios poemas, debidos á la inspiración de uno ó más pensadores que se aíslan de la multitud, que se encuentran quizás en contradicción con ella, y que van á buscar á sus héroes en un mundo subjetivo peculiar, pidiendo muchas veces sus fantasmas al sueño, sus tipos al ideal, ó sus aberraciones á la fantasía, á falta de seres reales; en suma, cuando la epopeya es artificial, entónces, no solamente no es preciso, sino que no es comun que retrate el carácter de un pueblo y que tenga la fisonomía esencialmente nacional.

Enhorabuena que los *epica* de la Grecia, anteriores á la guerra de Troya, y aun la *Iliada*, obra de Homero ó de los Homéridas, sean el trasunto del genio nacional de los griegos, y que los *carmina* de que hablan Ciceron, Nonio y Dionisio de Halicarnaso, reflejen el carácter del viejo pueblo latino; que los cantos de los antiguos escaldos, así como los romances españoles, los *bylinas* y los *picnas* de los rusos retraten el tipo primitivo del pueblo germánico luchando con los romanos; del pueblo español cristiano y católico luchando con los árabes, y del pueblo ruso todavía saliendo de la envoltura tártara; pero nadie se atreverá á decir que la *Eneida* y la *Farsalia* sean precisamente el reflejo del carácter romano, siendo como eran obras individuales, la primera hecha expresamente para divinizar á los Césares, déspotas vencedores, y la segunda para glorificar á los republicanos vencidos; ni nadie dirá tampoco que los poemas épicos posteriores á la heroica guerra de siete siglos en España, como la *Jerusalem* de Lope, el *Bernardo* de Balbuena y aun la *Araucana* de Ercilla, retratan al pueblo español, ni que la *Jerusalem* del Tasso, el *Orlando furioso* del Ariosto, ni el *Paraiso perdido* de Milton, ni que las *Luisiadas* de Camoens, ni que la *Henriada* de Voltaire retraten respectivamente el heroísmo del pueblo italiano, el espíritu del pueblo portugués ó la opinion del pueblo francés, porque el pobre Tasso escribió su admirable

poema justamente en los tiempos del mayor abatimiento y abyección de su patria; porque la musa de Ariosto tuvo que refugiarse en el mundo de la imaginación, para huir de la vergüenza y de la servidumbre que veía en torno suyo en Italia; porque Milton se veía obligado á remontarse hasta el cielo, ó á descender al inmenso abismo del infierno y saludarlo como Satán, diciéndole, con la fiera expresión del orgullo indomable, y con una especie de delicia:

“*Hail, horrors, hail,*”

para no ver las bajezas de la restauración monárquica, él que había asistido á los triunfos de la libertad inglesa; porque Camoens, cantando la gloriosa expedición de Vasco de Gama y dando á su poema, no el nombre del héroe, sino el del pueblo lusitano, sabía muy bien que esa expedición había sido impopular y aborrecida en Portugal; que ella había hecho maldecir al rey Manuel y llorar por temerarios y extravagantes á los expedicionarios, de modo que esa gloria no fué hija del genio nacional; y por último, en cuanto á la *Henriada*, porque si Voltaire ensalzaba á un monarca muy querido en Francia, las ideas del poeta, sus divinidades filosóficas y las tendencias de su poema, estaban muy lejos de ser la expresión general de su pueblo.

Así pues, esos poemas son grandes y con razón se citan como bellos modelos, pero no son el reflejo del espíritu nacional. Son la epopeya artificial é individual, un esfuerzo del arte, un monumento del genio humano; pero entre ellos y la epopeya democrática y colectiva que sí reproduce la fisonomía de un pueblo, hay la misma diferencia que existe entre el tipo común y el extraordinario, entre los individuos de una flora local y el ejemplar de una flora exótica.

Verdad es también que hay poemas individuales, que forjados con los elementos anónimos y colectivos, participan de su índole esencialmente democrática, como la *Iliada* que hemos mencionado entre las epopeyas espontáneas; como el *Shah-Naméh* que Firdousi formó con los antiguos cantos de Iran; como los *Niebelungen*, cadena de viejos cantos tradicionales de

Alemania; como el poema del *Cid* que se compuso con el material de los cantos populares españoles; como la *Chanson de Roland*, que era la expresión heroica del pueblo francés vencido, pero no domado; como la *Victoria de Junin*, de Olmedo, que es un canto inspirado seguramente en el grito de júbilo del pueblo colombiano y en la narración popular de las hazañas de Bolívar. Pero los poemas épicos de esta última especie son excepcionales y deben ocupar un lugar aparte entre la epopeya democrática y los poemas épicos individuales.

Así pues, no es generalmente cierto que el poema heroico deba ser siempre la expresión nacional del pueblo en que se produce. Esto puede decirse solamente de la epopeya colectiva y democrática, pero no de los poemas épicos hijos del sentimiento individual.

Ahora bien: que en México, al menos como nación independiente desde 1821 hasta nuestro tiempo, no ha existido esa epopeya popular colectiva, es una verdad notoria.

Posible es que haya habido una en la México anterior á la Conquista, y de ello tenemos muchos indicios en los escritores del siglo XVI, que nos hablan frecuentemente de los cantos guerreros de los aztecas, en los que perpetuaban la memoria y los heroicos hechos de sus caudillos; pero si es fácil encontrar la prueba de la existencia de esa epopeya primitiva y salvaje en aquellos tiempos, sería imposible reconstruirla hoy, y debemos considerarla como perdida para siempre.

Limitándonos, pues, á la México actual, queda establecido como evidente que carece de Epopeya popular, pero que pudo haber contado con algun poema épico debido á la inspiración individual, como contó Colombia con “*La Victoria de Junin*” de Olmedo, y como contó la República Argentina con “*El Triunfo de Ituzaingó*,” de Juan Cruz Varela.

¿Por qué no ha sido así? No puede alegarse seriamente la primera razón que hemos mencionado, á saber: que nuestra poesía es incipiente todavía. Esto tampoco es exacto. Nuestra poesía, si se da como nacida en la Independencia, nació ya adulta.

Es fácil demostrarlo.

Tal demostracion debe enlazarse naturalmente con esta cuestion fundamental que ha dado motivo á sendas discusiones: ¿Tenemos una literatura nacional? Y en caso afirmativo, ¿esta literatura debe diferenciarse radicalmente de la literatura española?

Sin entrar por ahora de lleno en la cuestion, que merece tratarse extensamente y en capítulo aparte, sólo diremos, confirmando las opiniones que sobre el particular hemos expuesto otras veces, que en nuestro concepto, podemos tener y tenemos de hecho una literatura nacional, y que para ello no necesitamos de que se diferencie radicalmente de la literatura española, puesto que la lengua que sirve de base á ambas es la misma. Bastan las modificaciones que han impuesto á la lengua española que se habla en México, los modismos de la lengua que habla el pueblo indígena, los millares de vocablos de toda especie que han sustituido en el modo comun de hablar á sus equivalentes españoles, haciéndolos olvidar para siempre; la sinonimia local, en fin, abundantísima en los países latino-americanos, juntamente con las influencias de nuestro clima, de nuestro suelo y de nuestro modo de ser; basta todo esto, repetimos, para que nuestra literatura tenga una fisonomía peculiar, independiente, autonómica, como la tienen todas las literaturas que se han formado con el fondo de la lengua latina; la italiana, la española, la portuguesa, la rumana; como la tienen las que se han formado con el fondo de la lengua slava; como la tienen las que se han formado con el fondo de la lengua germánica.

¿Por qué plantada en otro suelo, bajo otro sol, con nueva sávia, é ingertando en ella puas de las plantas americanas, una rama cortada del viejo árbol de la literatura española no ha de poder constituir á su vez un árbol robusto, frondoso y de especial aspecto, como ha sucedido con las ramas del viejo tronco latino?

Pues qué, la literatura actual de los Estados Unidos del Norte ¿no es ya una literatura nacional y diversa de la literatura de su antigua metrópoli? ¿Acaso los versos esencialmente americanos de Longfellow, no se diferencian de los versos de Chaucer, de Pope, de Shelley; y las novelas de Fenimore Cooper, que parecen impregnadas del aroma de las praderas, y reflejan la vida del desierto, no son diversas de las novelas de Richardson, cuadro de una sociedad refinada; de las de Bulwer, que son intrigas amorosas; de las de Dickens, que son estudios morales, y de las de D'Israeli, que son teorías filosóficas?

En el seno mismo de la literatura británica, ¿no presentan una fisonomía que se aparta del tipo inglés, los poemas de Campbell y los versos de Burns, erizados de modismos escoceses, apénas comprensibles para los ingleses mismos; y las novelas de Walter Scott, que no reflejan más que á la Escocia y no traducen más que sus leyendas, sus tradiciones y su carácter?

¿Acaso el poeta polaco se parece al ruso, y éste al ilirio, al montenegrino, al bohemio ó al bosniaco?

¿Por qué, pues, no hemos de tener una poesía y una literatura esencialmente mexicana, como el Perú, Colombia, el Uruguay, la República Argentina y Chile tienen ya las suyas desde que se hicieron independientes? Bello, Olmedo, Juan Carlos Gómez, Acuña de Figueroa, Estéban Echeverría, José Mármol, Bartolomé Hidalgo y los historiadores, los oradores, los científicos, no esperaron la aquiescencia de nadie para introducir en sus magníficos versos, en sus discursos, en sus libros y en sus diarios, los giros especiales de su lengua local, los nombres de sus rios, de sus montañas, de sus plantas, de sus fieras, sus modismos nacionales, hasta su ortografía peculiar, que no han querido variar por un sentimiento de fiera y altiva independencia.

La literatura en esos pueblos sud-americanos nació del patriotismo, como Minerva de la cabeza de Júpiter, ya robusta y armada.

Y así ha sabido mantenerla la juventud de aquellos países, fiel á las tradiciones literarias de sus patriarcas.

Pues bien: en México tambien nació adulta, como lo hemos

asentado, ménos vigorosa, es cierto, que en la América del Sur, pero no adolescente, ni ménos embrionaria como quieren algunos.

Reflejo de la española y formada sobre la base de su lengua, no tuvo necesidad de reunir poco á poco los elementos para desarrollar ésta, es decir, no tuvo necesidad de pasar por el período de la gestacion, ni por los de la infancia y la adolescencia. En el siglo XVI ya estaba adulta, y por eso desde ese tiempo siguió las vicisitudes de la literatura matriz, sufriendo la embriaguez caballeresca del siglo XVII, el *delirium tremens* del gongorismo, la enervacion mística y la imbecilidad del siglo XVIII, y hasta el cosquilleo liberal de principios del presente.

Pero cuando se consumó la independendencia en 1821, ya parecia haber vuelto enteramente á la vida, á una vida llena de salud y robustez.

No: no era embrionaria la poesia que en los labios de Quintana Roo y resonando precisamente en 1821, tenia acentos como éste:

“Renueva, oh musa, el victorioso aliento
Con que fiel de la Patria al amor santo,
El fin glorioso de su acerbo llanto
Audaz predije en inspirado acento,
Cuando más orgulloso
Y con mentido triunfo más ufano,
El ibero sañoso
Tanto, ¡ay! en la opresion cargó la mano,
Que al Anáhuac vencido
Contó por siempre á su coyunda unido.”

Y más adelante, recordando los horrores de la conquista y de la vida colonial:

“Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara,
Cuando por permission inescrutable
De tu justo decreto y adorable,
De sangre en la conquista se bañara,
Sacrilego, arbolando
La enseña de tu cruz en burla impía,

Cuando más profanando
Su religion con negra hipocresía,
Para gloria del cielo
Cubrió de excesos el indiano suelo!”

Ni era infantil tampoco la poesia que con el acento de Sánchez de Tagle celebraba así la heroica salida de Morelos del sitio de Cuautla en 1812:

“Insólito calor mi pecho inflama,
Siento en el alma desusado brío;
Con imperiosa voz la cara patria
Cantar me manda sus heroicos hijos,
Y el divino valor y el arte sumo
Con que á sus sanguinarios enemigos
En lid tan desigual vencer supieron,
Legando asombro á los futuros siglos.
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
Madre del sueño y del sabroso olvido,
Que la creacion reparas decacida
Y eres á la fatiga único alivio!
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen
Bajo tu cetro de ébano dormidos,
El hombre solo con el ojo atento,
Persigue al hombre; ni el menor resquicio
De esperanza y de bien dejarle quieren
La mortal rabia y odio vengativo!
¡Oh noche! torna los brillantes ojos
Al desolado Anáhuac, mira el sitio
Do un puñado de bravos invencibles
Resiste del Averno el poderío,
Cansa miles de crueles, y supera
Su furor, sus ardides y sus tiros,
Superior á la muerte, que en mil formas
Le presentan el tiempo y su enemigo;
Sin dejarle momento de descanso,
Ni entre ignominia ó muerte algun partido.”

No fué tampoco adolescente la voz que se apagaba en 1809, la voz de Navarrete, rival de Melendez y de los restauradores del buen gusto en España, y que habia entonado los clásicos versos de los *Ratos tristes* y del poema eucarístico á *La Divina Providencia*; ni la de Ochoa, que habia robado los acentos de

Ovidio, traduciendo en majestuosos endecasílabos las *Heroidas*; ni era novel la pluma que habia escrito el *Acta de Independencia del Congreso de Chilpancingo*; ni la que retrataba á la sociedad colonial en las páginas del *Periquillo*; ni eran rústicas las arengas del Congreso del año de 23; ni por último, era indigno de Tácito el buril con que grabó Zavala los primeros cuadros de la República.

Así pues, la nueva nacion al separarse de España tenia ya una poesía y una literatura adultas, y no es razonable presumir siquiera que la falta de una Epopeya nacional sea motivada por el atraso de nuestra cultura entónces.

Por lo demas, esto á lo sumo podria decirse, tratándose de un poema épico debido á la inspiracion individual, porque en lo tocante á la Epopeya democrática y colectiva, la Historia está allí para demostrarnos de una manera irrefutable, que aquella señala precisamente el período infantil de toda poesía, que ella es la primera manifestacion poética de un pueblo: y tanto es así, que justamente por nacer en una época en que las naciones están envueltas generalmente en las nieblas de la leyenda y pobladas por las visiones de la Mitología, ha tenido que mezclar á su carácter puramente humano, las exageraciones de la fábula y las influencias de la religion. De ahí ha provenido la regla evidentemente deducida de la Epopeya griega, que Aristóteles indicó como una conveniencia en el poema épico, pero que los preceptistas han establecido despues como un principio incontrastable, á saber: *la intervencion de lo maravilloso*.

De manera que aun dando como cierto lo que está muy léjos de ser, esto es, que nuestra poesía haya sido incipiente en el período trascendido de la Independencia acá, lo natural habria sido exigirle que comenzase por ser épica. Pero lo repetimos una vez más todavía: la Independencia no coincidió con la época de infancia de nuestra literatura, y si es verdad que en todos los pueblos que luchan heroicamente, por adelantados que se hallen en civilizacion, hay siempre la posibilidad de crear una epopeya democrática y espontánea, teniendo ó no necesidad de mezclar en ella las ficciones de la leyenda popular y de la reli-

gion, tambien es un hecho bien triste, pero innegable, el de que en México esta poesía heroica que el pueblo forma impulsado por su imaginacion, por su orgullo y por su gratitud, no ha existido jamas, ni en el tiempo de la nacion independiente, ni en la época colonial, y tendríamos que remontarnos hasta los siglos anteriores á la conquista española para encontrar su huella, sólo su huella, porque como lo hemos dicho, se han perdido los monumentos y las tradiciones que serian necesarios para reconstruirla.

III

Y ahora ocurre naturalmente esta pregunta: ¿por qué no existen en México monumentos de poesía épica, ni en la forma de cantos populares y anónimos, ni en la de poemas individuales, y se advierte su falta tanto en la época colonial en que pudo haberse formado la Epopeya de la Conquista, como en el tiempo de la República en que se contaba con el tesoro virgen y abundante de la Independencia?

Pues á tamaña pregunta pueden darse muchas respuestas, y vamos á apuntarlas brevemente, ántes de llegar al "*Romancero Nacional*," objeto principal de nuestro estudio, y precisamente á fin de encarecer el mérito que en nuestro concepto encierra la gran obra de nuestro poeta mexicano.

Que no haya habido Epopeya popular de la Conquista Española, no es muy sorprendente. Aquí se formó, en virtud de ese grande acontecimiento, un nuevo y extraño pueblo colonial con los restos todavía muy grandes de la antigua nacion vencida y con los elementos pequeños relativamente de la nacion conquistadora.

Aquellos, los restos indígenas, á pesar de su mayoría, eran confusos, disímbolos, enemigos unos de otros, y aunque sufriendo la suerte del vencido, aunque doblegados bajo el yugo que á todos se les impuso, no sentian más vínculo de union que el de la servidumbre; pero divididos por añejas rivalidades anteriores á la conquista, no tenian iguales aspiraciones, no se ama-

ban como hermanos en la desgracia, no lloraban juntos la pérdida del poder, no se reanimaban con los recuerdos de la gloria comun, ni siquiera podian expresar sus odios y sus dolores en una misma lengua.

Los restos de la tribu *mexica* eran los únicos que tenían derecho de lamentar la pérdida de su imperio y de enaltecer la memoria de sus guerreros heróicos y de sus grandiosos caudillos; los únicos que podian entonar un canto sublime para eternizar la gloria sin igual de la defensa de México, que los españoles y sus aliados no ocuparon sino hecha escombros, arrasada palmo á palmo y convertida en osario, desde las calzadas hasta el templo mayor.

Pero los restos de esa fiera tribu, que si ántes habia subyugado á las otras, mostró cuando ménos, al desaparecer, que habia sido digna de la supremacía, ó se retiraron en dispersion á las montañas, y allí se refugiaron en el silencio y en la barbarie, ó perecieron pronto diezmados por el sufrimiento ó el suicidio.

Los poetas que conservaban la Epopeya antigua en los cantares de la tradicion, ó que pudieron crear la nueva de su lucha infortunada, los sacerdotes guardianes de la religion y de la historia, los viejos sabios, maestros de la juventud y oráculos del pueblo, murieron esgrimando su macana empapada en sangre en las calles de México, y combatiendo por la patria. Los pocos que quedaron, desaparecieron como por encanto, y el virey Mendoza y los frailes Sahagun, Durán y Benavente, apénas pudieron encontrar á algunos, tal vez los ménos instruidos, que les dieran vagas noticias del modo de ser de la nacion vencida, manteniéndose los más en la espesura de los bosques encerrados en desdeñoso silencio.

Los *mexica*, pues, no pudieron ni transmitirnos su poesía heróica antigua, ni legarnos como un canto de muerte poesía ninguna posterior á la conquista.

Las otras tribus, ¿qué Epopeya habian de crear? Unas como las de Zempoala, de Tlaxcala, de Huejotzinco y de Texcoco, habian sido auxiliares del conquistador; habian ido hasta las naves en que llegó á nuestras costas á llamarlo, á decidirlo á la

invasion, ofreciéndole su apoyo; lo habian acompañado en su marcha fácil hasta México; habian formado su vanguardia en la guerra y su principal fuerza en el sitio; le habian suministrado toda clase de auxilios; hasta se habian convertido en bestias para conducir sus bastimentos, sus municiones y sus cargas: habian construido sus bergantines; millares de sus individuos habian muerto para ayudarlo á triunfar; en fin, ellos casi puede decirse que habian sido los verdaderos conquistadores. Tenian derecho ciertamente de celebrar su victoria sobre sus viejos enemigos los mexicanos; pero ¿podian hacerlo cuando comprendieron inmediatamente que el triunfo no les habia sido provechoso, y cuando sintieron el yugo que echó sobre su cuello aquel vencedor extranjero á quien habian ayudado á aniquilar á los vencedores de su misma raza; cuando vieron que precisamente sus ciudades fueron las peor libradas en la conquista, desapareciendo enteramente Zempoala, convirtiéndose las metrópolis de Tlaxcala y de Huejotzinco en aldeas, y en cadáver Texcoco, la antigua señora del lago? ¿Podia el caballo de la fábula envanecerse de haber invitado al hombre para tomar venganza del leon, cuando quedó despues más tiranizado que nunca por su aliado convertido en dueño absoluto?

* En cuanto á los demas pueblos, amigos ó enemigos de los mexicanos, como el de Michoacan, el de Oaxaca y otros, fueron sometidos sin combate, y agobiados bajo el peso de los auxiliares ó del desaliento producido por la desaparicion de la terrible Tenochtitlan, pues desde entónces se estableció esta ley que ha regido sin cesar en nuestra historia, á saber: que dominada la metrópoli, se domina el país entero, al ménos por mucho tiempo. Así es que la heróica resistencia de algunos pueblos de Jalisco fué pasajera, la de los chichimecas de Querétaro fué una farsa lastimosa, y sólo en los desiertos del Norte encontró asilo la indómita é inextinguible resistencia de las tribus nómades y bárbaras. Esas deben tener una Epopeya salvaje; todavía en sus aduares y en la danza de las cabelleras, resuenan los viejos cantos en que se refieren las proezas de sus mayores; con ellos se animan en sus combates y con ellos mueren luchando con-

tra los blancos de México y contra los blancos de los Estados Unidos. Pero esa Epopeya del desierto no pertenece propiamente á la nacion mexicana actual, así como tampoco pertenece á la nacion vecina.

Por su parte los mestizos, los descendientes de los españoles que se mezclaron con las razas indígenas, no quisieron tampoco crear la epopeya de la conquista. Ellos habian heredado la sangre de sus padres españoles, pero habian mamado la leche de sus madres indias, y el orgullo que pudo haberles infundido aquella, se trocaba en tristeza amarga y en odio concentrado bajo la influencia de la alimentacion y de la educacion maternas.

Esta no es una metáfora, sino un hecho real é innegable que ya sorprendia dolorosamente á D. Lúcas Alaman, quien lo creia contrario á todas las reglas de la lógica. En efecto, lógico ó ilógico, él existió desde los primeros años de la dominacion española; él influyó enteramente en nuestra vida social, y tanto, que á él debimos precisamente la Independencia, como se la debieron igualmente las otras Américas latinas.

Los dominadores establecieron aquí su religion, su lengua, sus costumbres; fundaron en este suelo fortalezas, palacios, templos, conventos, universidades, hospitales, casas de beneficencia, acueductos, ciudades, haciendas; abrieron carreteras y puertos; introdujeron sus virtudes y sus vicios. Lo único que no pudieron fundar fué la simpatía hácia ellos, ni en el pueblo conquistado, ni aun entre sus descendientes mismos.

¿Ingratitud? No: ley histórica, resultado fisiológico de la conquista. Algo semejante habia sucedido á los moros en España, y el bilioso D. Lúcas que extrañaba esta conducta en los mexicanos, debió habérsela explicado recordando la de los españoles.

Además, como desde los primeros años de la conquista se produjo el antagonismo entre los frailes misioneros y los conquistadores, antagonismo que dió origen á una lucha tenaz, sorda é implacable que se llevó muchas veces hasta el trono y que se extendió hasta el pueblo; y como los frailes eran más inteli-

gentes, ménos rapaces, y sobre todo ménos crueles que los conquistadores, y aunque procurando siempre los bienes terrenales, al ménos defendian á los vencidos de las vejaciones de los vencedores, y servian de apoyo y de consuelo á los que sufrían, el resultado fué natural é inmediato: tanto las razas aborígenes como las clases populares mestizas profesaban mayor simpatía á los frailes y sus instituciones, que á los soldados que se convertian en sus encomenderos y señores feudales.

De ahí provino el carácter profundamente religioso que ha sido y es todavía, como el aspecto dominante del pueblo mexicano, y de ahí resultó tambien la universalidad con que fueron conocidas y celebradas las proezas de los misioneros y las maravillas de la nueva religion, de preferencia á los recuerdos de la conquista.

Así es, que los cantares del pueblo desde fines del siglo XVI fueron todos religiosos, explicando la doctrina cristiana, celebrando los misterios de la religion, los milagros de las imágenes que se iban apareciendo en todas las comarcas de Nueva España, la magnificencia de los templos, las fiestas sagradas, las leyendas locales, las vidas de santos y cuanto se relacionaba con la propaganda del culto en la tierra. Esto ha sido tan general y quedó tan arraigado, que todavía hoy si algo cantan los indios en sus diversas lenguas y en sus pobres fiestas de familia, es una alabanza de la Virgen de Guadalupe, del Señor de Chalma ó de otras deidades católicas, y entre los mestizos de las haciendas y de las minas, al acabar sus tareas diarias, es el *alabado*, ó las coplas y las seguidillas á lo *divino* sobre la *Pasion* y la *Eucaristía*, que alternan siempre con los romances de amores en los *fandangos* y en los *velorios*.

De modo que si en la época colonial ha habido una poesía colectiva, anónima y popular, ella fué exclusivamente religiosa, y el que quisiera sacar de ella un *romancero sacro*, tendria ciertamente abundantísimo material.

Pero para formar una epopeya de la conquista no existe nada en los cantos del pueblo. Y fué mirado por todos el asunto con tanta indiferencia, que ni aun el deseo de lisonjear á los domi-

nadores fué parte para que los ingenios de la época se consagraran á sacar de él motivos para poemas individuales; y mientras que se encuentran muchos en latin y en castellano sobre asuntos religiosos, como los numerosos que celebran la aparicion de la Virgen de Guadalupe, como el del P. Abad "*Heroica de Deo Carmina*," como el trabajoso *La Teresiada* del P. Valencia, como el bellissimo del P. Landivar, *Rusticatio mexicana*, como el gongorino la *Primavera indiana* de Sigüenza, el clásico *La Divina Providencia* del P. Navarrete, y otros cien sobre diversos asuntos, sólo á un señor D. Francisco Ruiz de Leon, nativo de Tehuacan,¹ le ocurrió publicar á mediados del siglo pasado, un poema intitulado: *La Hernandía, Triunfos de la fe, Gloria de las armas españolas, Poema herbico, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España, Proezas de Hernan Cortés, Católicos blasones militares y grandezas del Nuevo Mundo*, que á pesar de su título rimbombante, de haber sido dedicado á Fernando VI y de ser verdaderamente la Historia de Solís puesta en octavas, ha pasado inadvertido al grado de que muy pocos lo conocen. Todos prefirieron, como era natural, seguir leyendo la bella, aunque mentirosísima prosa de Solís, á mascar las octavas gongorinas y fastidiosas del poeta de Tehuacan de las Granadas.

IV

Llegamos á la época de la insurreccion y á los tiempos posteriores hasta hoy, y aquí tambien es preciso detenernos un poco estudiando el carácter social de México para poder explicarnos el por qué no ha habido una epopeya popular desde los años de la lucha, y por qué no se han escrito poemas heróicos

¹ Beristain, hablando del P. Agustin Castro, menciona entre los MS. que dejó este jesuita mexicano, que murió en Bolonia en 1790, un poema intitulado "*La Cortesiada: poema épico de Hernan Cortés*." Esta obra es desconocida. En cuanto al *Peregrino Indiano* de Saavedra, es más bien una historia rimada que un poema. Clavigero dice de él, que no tiene de poema más que el metro.

despues, inspirados por los hechos gloriosos de nuestros antepasados, en aquella guerra memorable.

Seria necesario examinar profundamente el estado social y moral en que se hallaba lo que se llamó Nueva España cuando estalló la revolucion y mientras que ella duró, para poder apreciar con justicia las causas de este fenómeno literario, así como las de otros de mayor importancia que han influido despues poderosamente en nuestra vida política.

Ya que eso no se puede, ni las dimensiones de este estudio lo permiten, bástenos indicar los siguientes hechos que son innegables. La insurreccion produjo una division profundísima en la poblacion de la colonia. Una parte de la raza indígena de los pueblos centrales y una parte de las clases mestizas y pobres, tambien de los pueblos centrales, siguieron á los insurgentes de 1810. Otra parte de esa raza indígena, por apatía, por hábito de servidumbre ó por impotencia, permaneció sumisa á las autoridades españolas. Lo mismo sucedió á otra gran parte de las clases mestizas de los pueblos centrales y aun de los lejanos. Las clases ricas, los grandes propietarios rurales y mineros, los comerciantes, no sólo permanecieron adictos al gobierno colonial, sino que aun fueron hostiles á la revolucion. El clero se dividió; el alto, el rico, el que disfrutaba de los más pingües beneficios en las grandes ciudades y administraba los cuantiosos bienes de los conventos de regulares, se declaró desde los primeros dias contra la Independencia, y fulminó toda clase de anatemas sobre los insurgentes, predicó contra ellos en todos los púlpitos, puso sus tesoros á disposicion de los realistas, y no pocos de sus miembros empuñaron en una mano el Crucifijo y en la otra la espada para pelear con los que apellidaban herejes enemigos del rey y de la religion.

Lo que se llamaba el clero bajo, los curas de los pueblos del campo y de la montaña, los frailes de algunos conventos humildes, simpatizaron con el movimiento de independencia, y los primeros y más ilustres caudillos de él, los que deben llamarse verdaderamente *Padres de la Patria*, porque iniciaron la guerra y la sostuvieron, como Hidalgo y Morelos, salieron precisamen-

te del seno de ese clero pobre, testigo inmediato de las miserias del pueblo.

Así pues, dada la educacion hondamente religiosa que habia recibido el pueblo colonial, educacion que lo llevaba hasta la supersticion y el fanatismo intolerante y feroz, natural era que se hubiese producido un conflicto terrible en el espíritu de las masas, y fuerza es confesar que en una parte de ellas el deseo de libertad fué irresistible, puesto que no cejó en la empresa á pesar del anatema de las altas jerarquías eclesiásticas, que pudo haber desautorizado á los sacerdotes jefes de la insurreccion, así como pesó sobre ellos, á la hora de su martirio en el caldoso.

Pero en otra parte considerable de estas masas sí produjo efecto la predicacion del alto clero; y fué el fanatismo religioso precisamente el que atrajo á las filas realistas desde 1810, á los rancheros que acaudillaban Oviedo y Elorza; á los treinta mil criollos que segun Alaman combatieron por espacio de once años, contra los insurgentes, á las órdenes de Armijo, de Iturbide, de Quintanar, de Bustamante y de Santa-Anna; á los negros de Juvera y á los negros esclavos del español Yermo, que con desesperada fidelidad salian de México el 22 de Setiembre de 1821, repicando las campanas de los pueblos y gritando *viva el rey* en los oídos del ejército trigarante mandado por Iturbide y por otros ex-realistas convertidos de la noche á la mañana en independientes.

Así pues, faltaba el sentimiento unánime en el pueblo, que es el que da vida á la epopeya espontánea y democrática; pero aun así, se sabe que entre las tropas insurgentes, particularmente entre las de Morelos, de Mina y de Guerrero, hubo muchos cantos en que se celebraban las victorias, se lamentaban los reveses y se alentaban las esperanzas de la Patria. Hace cuarenta años que los viejos insurgentes ó sus hijos los entonaban todavía algunas noches en sus cabañas montañosas. Eran romances muy rudos naturalmente, pero muy expresivos, y pintaban con exactitud los sentimientos de la época. Pero esos cantos se han perdido, y los sucesos desgraciados de nuestra

guerra con los yankees y los de nuestras continuas guerras civiles los han hecho olvidar completamente.

Pero si faltó unanimidad en las simpatías de la poblacion colonial para celebrar el primer movimiento de independenciam, ¿por qué no se formó una epopeya popular con el segundo, puesto que en él tomaron parte las clases más cultas y se notó mayor aceptacion de parte de todas? Por una razon muy sencilla. Porque este segundo movimiento no fué popular, sino dirigido por las clases altas, ántes enemigas de la insurreccion, y dirigido justamente no sólo contra el sistema de libertad iniciada en España, sino contra las aspiraciones de los caudillos de 1810; de modo que subsistió la division social anterior, y gran parte del pueblo, al ver este complot teocrático y oligárquico, lo aceptó por necesidad, pero bien pronto manifestó su aversion á los nuevos caudillos.

Además, la famosa cruzada del plan de Iguala no se prestaba á la epopeya. No hubo en ella proezas que celebrar. Fué más bien una cruzada mercantil, en la que si hubo alguna lucha entre los *héroes*, fué motivada por el precio de la apostasía, de la traicion y de la bajeza, y por las competencias de la subasta. Fué una conquista iniciada por frailes y ricachos en los rincones de los conventos, y concluida por mensajeros que se dirigian á los campamentos y á los cuarteles cargados de onzas de oro y de libranzas. Los pocos combates que hubo, fueron insignificantes; aunque dieron un barniz de guerra á aquella enorme operacion bursátil, arreglada de antemano en los conciliábulos de la Profesa. Así, la accion de Córdoba fué más bien honrosa para Hévía que para Herrera; la toma de Durango por Negrete, costó más bilis y tinta que sangre, y la desgarrada accion de Atzacapotzalco fué tan pobre en hazañas como dudosa en gloria, que sin embargo se atribuyeron tanto Bustamante como los españoles, siendo inútil para los dos partidos. En cuanto á la famosa escaramuza de los 30 contra 400, tan cacareada por los trigarantes, y en que la fantasía de los aduladores puso la mayor parte, fué una vulgaridad despues de las hazañas verdaderas de Morelos y de sus tenientes.

Iturbide, á los belicosos que lo azuzaban para que terminase de una vez la guerra con un combate decisivo, contestaba, segun afirma Alaman, con el proverbio familiar de México:—"Si con atolito vamos sanando, atolito vámosle dando." Ahora bien: el sistema del *atolito* no se prestaba á la poesía heroica. Lo que debe correr por las venas de la epopeya, no es *atole*, sino sangre.

Tal fué la campaña de 1821. Quizás por eso los cantores de Iturbide se han visto apurados siempre, buscando motivos para entonarle una oda, y se han limitado á elogiar su apostura, su gallardía, su destreza como jinete, la gracia de sus modales, cualidades todas que no son enteramente inútiles en la epopeya, pero que no constituyen su condicion principal. Quintana Roo y Sánchez de Tagle, desde 1821, cantando en presencia del caudillo triunfador, se vieron obligados á evocar las proezas de Hidalgo y de Morelos para dar un sabor épico á sus odas, como Píndaro tenia que evocar las hazañas de los semidioses para enaltecer á los triunfadores del Circo. Despues Lafragua, en sus detestables y prosaicos versos de 1841, tuvo que hacer lo mismo, hablando de Hidalgo, de Guerrero, del sol, de la luna, de las estrellas, y que hacer un alegato jurídico para poder concluir en tono elegiaco lo que habia comenzado en tono heroico.

En suma, aquel segundo movimiento de 1821 fué muy hábil, pero no fué épico.

Pues entónces, ¿por qué no hubo una reaccion poética en favor de los héroes de 1810, despues de la caída de Iturbide? Sí la hubo, pero no en la forma popular y colectiva, sino en la individual y exclusivamente lírica, y lo prueban los cantos que con motivo de las fiestas de Setiembre se han dado á luz desde 1824, en honor de los Padres de la Patria.

Sólo que esta poesía lírica fué escasa, y tan mediana, que pocos de sus monumentos han podido salvarse del olvido. En cuanto á epopeya individual, ni intentos siquiera ha habido de ella en los sesenta años que han trascurrido desde aquel tiempo hasta nuestros dias, con todo y que Olmedo y los poetas sud-americanos nos daban un brillante ejemplo cantando á por-

fia á Bolívar, á Sucre, á Carrera, á San Martín, á Alvear y á todos sus héroes de la independencia.

Para explicarnos tambien este fenómeno, tenemos que acudir á los motivos históricos y sociales.

Verdad es que Iturbide habia caido, y que con esto se produjo de pronto una reaccion en favor de los insurgentes de 1810. Guerrero, Bravo, Victoria, y con ellos todos sus antiguos amigos de la guerra de once años, se vieron exaltados al poder y disfrutaron de gran popularidad. Pero las ideas y opiniones del hombre de 1821 no habian muerto con él, y habian quedado encarnadas en sus antiguos compañeros, que como él tambien, habian sido enemigos encarnizados de los primeros caudillos de la insurreccion.

Ahora bien: si Iturbide decia en su *Manifiesto* publicado en Italia durante su proscripcion, que aún volveria á perseguir á los patriotas de 1810 si se reprodujera aquella situacion, sus viejos compañeros los ex-realistas que se habian quedado en México y que le habian hecho traicion á él mismo, pero que querian suplantarle en su papel de héroes y de gobernantes, tenian que participar de sus ideas respecto de los insurgentes de la primera época, so pena de pasar á los ojos del pueblo por lo que eran verdaderamente, esto es, enemigos de la independencia y traidores á España, á la que habian servido como mercenarios.

Así es que, tan pronto como pudieron sobreponerse por sus constantes sublevaciones, y esto fué desde luego, procuraron por todos los medios de que puede usar el poder, que se opacase la memoria de aquellos héroes, cuyo solo nombre era un reproche para esos viejos genizaros del despotismo colonial. ¿Cómo habia de glorificar Bustamante á Hidalgo y á Morelos, cuando habia dejado la medicina para sentar plaza de soldado á fin de combatir contra el primero, y cuando habia sido de los humillados en Cuautla por el segundo? Para Bustamante, al contrario, era una gracia denigrar á los héroes de 1810, y él mismo los mandaba asesinar cuando podia, como lo hizo con Guerrero, ó los perseguia furiosamente, como lo hizo con Quintana Roo.